Naturalmente, tampoco eso es suficiente y, motivado por los textos, nuevos planos podrían acercarse —o podríamos acercanos a nuevos planos— sin la esperanza de agotar el misterio de una poesía pero con la fantasía, al menos, de cercar un poco más su identidad; planos diversos y acaso, en alguna parte complementarios pero, a medida que se entra en materia, cada vez más exigentes. Opto, acaso renunciando a una forma de rigor pero asumiendo otra, por concentrar mis sentimientos e ideas y forjar mi propia imagen, algo quizás fáustico, el poeta laborando su materia mientras el mundo nos arroja sus llamas e intenta desterrarnos; imagen fáustica, digo bien, mediante la cual se persigue un secreto, y mundo en llamas que no quiere sorprender son su violencia de la rando que en la búsqueda fáustica hay más violencia de la que las llamas del mundo podría imaginar. Apuesta ganada, apuesta perdida: suaves poemas en los que late una fuerza que no requiere de la estridencia y que constituyen un modelo, más digno, de un mundo posible.

noviembre 1980

## Andamos huyendo Lola *

Hace ya muchos años que un nuevo libro de Elena Garro era esperado, y en cierta forma la segunda edición que Joaquín Mortiz sacó en 1979 de *Los recuerdos del porvenir* preparó la salida de este volumen que reúne diez cuentos bajo el título de uno de ellos: *Andamos huyendo Lola.*

Es frecuente que al leer varios textos integrantes de un conjunto, prevalezca la impresión de uno o más sobre el resto; tal es el caso de aquéllos que, podría decirse por el momento, tienen a Lola como personaje: "Andamos huyendo Lola", "La corona de Fredegunda", "Las cabezas bien pensantes", "Debo olvidar" y "Las cuatro moscas".

No conviene revelar quién es Lola: la autora se preocupa todo lo largo del primer relato en que aparece, de escamotearnos su identidad. No obstante, y a pesar de que podría pensarse que es el personaje central de las narraciones, quienes verdaderamente constituyen el eje de las mismas son Lelinca y Lucía: madre e hija que llevan su peculiar odisea de un piso despojado en un edificio de Nueva York a un irrefrenable peregrinar de hostal en hostal madrileños. Y este peregrinaje se desarrolla en los cinco relatos ya mencionados que forman un todo y que, así como su autora decidió redondear cada uno en un cuento aparte, lo mismo pudo haberlos reunido dándoles la continuidad de una novela.

Si bien la destreza narrativa de Elena Garro —sobradamente demostrada en sus obras anteriores— consigue mantener nuestro interés en torno a estas dos mujeres y a las personas que cruzan su camino, el evidente desamparo en el que se encuentran no logra convencer ni conmover. Su peregrinaje parece tener una causa; se presiente que seres o fuerzas ajenos a ellas se han desatado en su contra para perseguirlas, acecharlas, cerrarles todas las salidas e, incluso, hacerlas pasar frío y privaciones. Pero ¿cuáles son esas personas o esas fuerzas? ¿existen en realidad o son producto de sus fantasmas interiores? y, de ser esto último ¿cómo es que se han desencadenado?; ¿por qué padecen Lelinca y Lucía hambre?, ¿por qué no pueden romper su condición de parásitas? "Un tribunal invisible nos ha condenado. . .", ". . .aquel santuario del que habíamos sido expulsadas hacía ya varios años", escribirá en distintos momentos Lelinca, en una suerte de diario abandonado entre las vigas de uno de tantos hostales en que se han albergado. Y en otro relato, al referirse, la voz que narra, a la madre y a la hija, se lee: "Ellas, antes de que les ocurriera la catástrofe de ser enemigas. . .¿de quién?. . . ¡De la inteligencia¡ Los consagrados cerebros las habían juzgado y condenado. . ."

Y uno se pregunta: ¿Cuál tribunal invisible las ha juzgado?, ¿de qué santuario han sido expulsadas?, ¿qué catástrofe las convirtió en enemigas de quién?, ¿cuál inteligencia, cuáles cerebros?

Es evidente: en la medida en que el lector no puede dar respuesta a estas preguntas que se desprenden de la narración misma, en esa misma medida su irritación crece. Se encuentra ante una persecución que no se pretende delirante y que, sin embargo, al no tenerse elementos para explicarla, resulta absolutamente paranoica. Y el lector rechaza el papel de cómplice; quisiera tener bases razonables para tomar partido, para conmoverse o rechazar con conocimiento de causa pero, de ninguna manera, acepta permanecer excluido de un código en el que no ha sido iniciado.

Claro que los elementos del delirio se han planteado ya desde el primer texto "Andamos huyendo Lola". Los sucesivos inquilinos que van llegando al edificio de Nueva York al que Lelinca y Lucía se acogieron en singulares circunstancias, marcan la fiebre persecutoria que dominará los demás relatos: unos a otros se espían, desconfían entre sí, se ocultan.

Tal vez la incógnita escondida tras las dos mujeres no sea tal; tal vez la respuesta se encuentre en el penúltimo párrafo del texto "Las cabezas bien pensantes": "Claro que no sabemos de quién huimos, Lola, ni por qué huimos, pero en este tiempo de los Derechos del Hombre y de los Decretos es necesario huir y huir sin tregua, Lola, lo sabes. . .".

Hay libros que no se nos entregan en la inmediatez de su lectura y que, pasado el tiempo, van incorporándose a nuestra experiencia sin apenas percibirlo. ***Andamos huyendo Lola*** es uno de ellos, no cabe duda. Por otra parte, en esta experiencia personal de lectura queda, no como un libro, sino como dos: uno, integrado por los relatos que —ya lo dije— tienen a Lola como personaje y, el otro, por aquellos cuentos que bien pudieran haber formado un volumen aparte. Parece aventurado decirlo pero, finalmente, ¿no es una de las características irrenunciables de la lectura el recrear, a partir de la misma, el libro o los libros que de ella se desprendan?

**Andamos huyendo Lola* por Elena Garro. Colección Nueva Narrativa Hispánica de la Editorial Joaquín Mortiz. México, 1980. 262 p.p.